

## ROMANCE XXXIV.

## LA TARDE.

Ya el Héspero delicioso  
Entre nubes agradables,  
Cual precursor de la noche,  
Por el occidente sale;

Do con su fúlgido brillo  
Deshaciendo mil celages,  
A los ojos se presenta  
Cual un hermoso diamante.

Las sombras que le acompañan,  
Se apoderan de los valles,  
Y sobre la mustia yerba  
Su fresco rocío esparcen.

Su corona alzan las flores,  
Y de un aroma suave,  
Despidiéndose del día,  
Embalsaman todo el aire.

El sol afanado vuela,  
Y sus rayos celestiales  
Contemplar tibios permiten  
Al morir su augusta imagen;  
    Simil á un globo de fuego

Que en vivas centellas arde,  
Y en la bóveda parece  
Del firmamento enclavarse.

Él de su altísima cumbre  
Veloz se despeña, y cae  
Del océano en las aguas,  
Que á recibirlo se abren.

Oh qué visos! qué colores  
¡Qué ráfagas tan brillantes  
Mis ojos embebecidos  
Registran de todas partes!

Mil sutiles nubecillas  
Cercan su trono, y mudables  
El cárdeno cielo pintan  
Con sus graciosos cambiantes.

Los reverberan las aguas,  
Y parece que retrae  
Indeciso el sol los pasos,  
Y en mirarlos se complace.

Luego vuelve, huye y se esconde,  
Y deja en poder la tarde  
Del Héspero, que en los cielos  
Alza su pardo estandarte.

Como un cendal delicado,  
Que en su ámbito inmensurable  
En un momento estendido,

Súbite al suelo se abate,  
 A que en tan rápida fuga  
 Su vislumbre centellante  
 Envuelto en débiles nieblas  
 Ya sin pábulo desmaye.  
 Del nido al caliente abrigo  
 Vuelan al punto las aves,  
 Cual al seno de una peña,  
 Cual á lo hojoso de un sauce;  
 Y á sus guardidas los rudos  
 Selváticos animales,  
 Temblando al sentir la noche,  
 Se precipitan cobardes.  
 Suelta el arador sus bueyes;  
 Y entre sencillos afanes  
 Para el redil los ganados  
 Volviendo van los zagales:  
 Suena un confuso balido,  
 Gimiendo que los separen  
 Del dulce pasto, y las crias  
 Corren llamando á sus madres.  
 Léjos las chozas humean,  
 Y los montes mas distantes  
 Con las sombras se confunden  
 Que sus altas cimas hacen:  
 De ellas á la escelsa esfera

Grupándose desiguales  
 Estas sombras en un velo  
 A la vista impenetrable;  
 El universo parece  
 Que de su accion incesante  
 Cansado, el reposo anhela,  
 Y al sueño va á abandonarse.  
 Todo es paz, silencio todo,  
 Todo en estas soledades  
 Me conmueve, y hace dulce  
 La memoria de mis males.  
 El verde oscuro del prado,  
 La niebla que undosa á alzarse  
 Empieza del hondo rio,  
 Los árboles de su márgen,  
 Su deleitosa frescura,  
 Los vientecillos que baten  
 Entre las flores las alas,  
 Y sus esencias me traen;  
 Me enagenan y me olvidan  
 De las odiosas ciudades,  
 Y de sus tristes jardines,  
 Hijos míseros del arte.  
 Liberal naturaleza,  
 Porque mi pecho se sacie,  
 Me brinda con mil placeres

En su copa inagotable.

Yo me abandono á su impulso :  
Dudosos los piés no saben  
Do se vuelven, do caminan,  
Do se apresuran, do paren.

Cruzo la tendida vega  
Con inquietud anhelante  
Por si en la fatiga logro  
Que mi espíritu se calme :

Mis pasos se precipitan ;  
Mas nada en mi alivio vale,  
Que aun gigantescas las sombras  
Me siguen para aterrarle.

Trepo, huyéndolas, la cima,  
Y al ver sus riscos salvages,  
Ay ! esclamo, ¡ quién cuál ellos  
Insensible se tornase !

Bajo del collado al rio,  
Y entre sus lóbregas calles  
De altos árboles el pecho  
Mas pavoroso me late.

Miro las tajadas rocas  
Que amenazan desplomarse  
Sobre mí, tornar oscuros  
Sus cristalinos raudales.

Llénanme de horror sus sombras,

Y el ronco fragoso embate  
De las aguas mas profundo  
Hace este horror y mas grave.

Así azorado y medroso  
Al cielo empiezo á quejarme  
De mis amargas desdichas,  
Y á lanzar dolientes ayes ;

Miéntras de la luz dudosa  
Espira el último instante,  
Y el manto la noche tiende  
Que el crepúsculo deshace.

#### ROMANCE XXXV.

##### LOS ARADORES.

¡ Oh, qué bien ante mis ojos  
Por la ladera pendiente  
Sobre la esteva encorvados  
Los aradores parecen !

¡ Cómo la luciente reja  
Se imprime profundamente,  
Cuando en prolongados surcos  
El tendido campo hienden !

Con lentitud fatigosa  
Los animales pacientes

La dura cerviz alzada  
Tiran del arado fuerte.  
    Animalos con su grito,  
Y con su aguijon los hiere  
El rudo gañan, que en medio  
Su fatiga canta alegre.

    La letra y pausado tono  
Con las medidas convienen  
Del cansado lento paso,  
Que asientan los tardos bueyes.

    Ellos las anchas narices  
Abren á su aliento ardiente,  
Que por la frente rugosa  
El hielo en aljófár vuelve;

    Y el gañan aguija y canta,  
Y el sol que alzándose viene,  
Con sus vivíficos rayos  
Le calienta y esclarece.

    Invierno! invierno! aunque triste  
Aun conservas tus placeres;  
Y entre tus lluvias y vientos  
Halla ocupacion la mente.

    Aun agrada ver el campo  
Todo alfombrado de nieve,  
En cuyo cándido velo  
Sus rayos el sol refleja.

    Aun agrada con la vista  
Por sus abismos perderse,  
Yerta la naturaleza  
Y en un silencio elocuente;  
    Sin que halle el mayor cuidado  
Ni el lindero de la suerte,  
Ni sus desiguales surcos,  
Ni la mies que oculta crece.

    De los árboles las ramas  
Al peso encorvadas ceden,  
Y á la tierra fuerzas piden  
Para poder sostenerse.

    La sierra con su albo manto  
Una muralla esplendente,  
Que une el suelo al firmamento,  
Allá á lo léjos ofrece:

    Mientras en las hondas gargantas  
Despeñados los torrentes,  
La imaginacion asustan,  
Cuanto el oido ensordecen;

    Y en quietud descansa el mundo,  
Y callado el viento duerme,  
Y en el redil el ganado,  
Y el buey gime en el pesebre.

    ¿Pues qué, cuando de las nubes  
Horrisónos se desprenden

Los aguaceros, y el día  
 Ahogado entre sombras muere ;  
 Y con estrépito inmenso  
 Cenagosos se embravecen  
 Fuera de madre los ríos,  
 Batiendo diques y puentes ?  
 Crece el diluvio : anegadas  
 Las llanuras desaparecen,  
 Y árboles y chozas tiemblan  
 Del viento el furor vehemente ;  
 Que arrebatando las nubes,  
 Cual sierras de niebla leve,  
 De aquí allá en rápido soplo,  
 En formas mil las revuelve :  
 Y el imperio de las sombras,  
 Y los vendavales crecen ;  
 Y el hombre atónito y mudo  
 A horror tanto tiembla y teme.  
 O bien la helada punzante  
 La tierra en mármol convierte ;  
 Y al hogar en ocio ingrato  
 El gañan las horas pierde.  
 Cubiertos de blanca escarcha,  
 Como de marfil parecen  
 Los árboles ateridos,  
 Y de alabastro la fuente.

Sonoro y rígido el y rado  
 La planta hollado repele ;  
 Y do quier el dios del hielo  
 Su ominoso mando ejerce ;  
 Hasta que el sūave favonio  
 Medroso y tímido al verse  
 Nuevo volar, con su aliento  
 Tan duros grillos disuelve.  
 El día rápido anhela :  
 No asoma el sol por oriente,  
 Cuando sin luz al ocaso  
 Precipitado descende ;  
 Porqué la noche sus velos  
 Sobre la tierra despliegue,  
 De los fantasmas seguida  
 Que en ella el vulgo ver suele.  
 Así el invierno ceñudo  
 Reina con cetro inclemente,  
 Y entre escarchas y aguaceros,  
 Y nieve y nubes se envuelve.  
 ¿ Y de dónde estos horrores,  
 Este trastorno aparente,  
 Que en enero su fin halla,  
 Y que ya empezó el noviembre ?  
 Del órden con que los tiempos  
 Alternados se suceden,

Durando naturaleza  
 La misma, y mudable siempre.  
 Estos hielos erizados,  
 Estas lluvias, estas nieves,  
 Y nieblas y roncós vientos,  
 Que hoy el ánimo estremecen,  
 Serán las flores del mayo,  
 Serán de julio las mieses,  
 Y las perfumadas frutas  
 Con que octubre se enriquece.  
 Hoy el arador se afana,  
 Y en cada surco que mueve,  
 Miles encierra de espigas  
 Para los futuros meses :  
 Misteriosamente ocultas  
 En esos granos, que estiende  
 Do quier liberal su mano,  
 Y en los terrones se pierden ;  
 Ved, cuál fecunda la tierra  
 Sus gérmenes desenvuelve,  
 Para abrirnos sus tesoros  
 Otro día en faz riente.  
 Ved, como ya pululando  
 La rompe la hojilla débil,  
 Y con el rojo sombrío  
 Cuán bien contrasta su verde :

Verde, que el tostado julio  
 En oro convertir debe,  
 Y en una selva de espigas  
 Esos cogollos nacieses.  
 Trabaja, arador, trabaja  
 Con ánimo y pecho fuerte,  
 Ya en tu esperanza embriagado  
 Del verano en las mercedes.  
 Llena tu noble destino,  
 Y haz cantando tu afán leve,  
 Mientras insufrible abrumba  
 El fastidio al ocio muelle ;  
 Que entre la pluma y la Holanda  
 Sumido en sueño y placeres,  
 Jamas vió del sol la pompa  
 Cuando lumbroso amanece :  
 Jamas gozó con el alba  
 Del campo el plácido ambiente,  
 De la matinal alondra  
 Los armónicos motetes.  
 Trabaja, y fia á tu madre  
 La prolífica simiente,  
 Por cuyo felice cambio  
 La abundancia te prometes :  
 Que ella te dará profusa  
 Con que tu seno se aquiete,

Se alimenten tus deseos,  
 Tu sudor se remunere;  
 Puesto que en él y tus brazos  
 Honrado la fausta suerte  
 Vinculas de tu familia,  
 Y libre en tus campos eres.  
 Tu esposa al hogar humilde  
 Apacible te previene  
 Sobria mesa, grato lecho,  
 Y cariño y fe perennes:  
 Que oficiosa compañera  
 De tus gozos y quehaceres,  
 Su ternura cada día  
 Con su diligencia crece:  
 Y tus pequeñuelos hijos  
 Anhelándote impacientes,  
 Corren al umbral, te llaman,  
 Y tiemblan, si te detienes.  
 Llegas, y en torno apiñados  
 Halagándote enloquecen;  
 La mano el uno te toma,  
 De tu cuello el otro pende;  
 Tu amada al paternal beso  
 Desde sus brazos te ofrece  
 El que entre su seno abriga,  
 Y alimenta con su leche;

Que en sus fiestas y gorgeos  
 Pagarte ahincado parece  
 Del pan que ya le preparas,  
 De los surcos donde vienes.  
 Y la aijada el mayorcillo  
 Como en triunfo llevar quiere:  
 La madre el empeño ríe,  
 Y tú animándole alegre,  
 Te imaginas ver los juegos  
 Con que en tus faustas niñeces  
 A tu padre entretenías,  
 Cual tu hijuelo hoy te entretiene.  
 Ardiendo el hogar te espera,  
 Que con su calor clemente  
 Lanzará el hielo y cansancio,  
 Que tus miembros entorpecen:  
 Y luego, aunque en pobre lecho,  
 Mientras que plácido duermes,  
 La alma paz y la inocencia  
 Velarán por defenderte;  
 Hasta que el naciente día  
 Con sus rayos te despierte,  
 Y á empuñar tornes la esteva,  
 Y á regir tus mansos bueyes.  
 ¡Vida ignorada y dichosa!  
 Que ni alcanza ni merece

Quien de las ciegas pasiones  
El odioso imperio siente.

¡ Vida angelical y pura !

En que con su Dios se entiende  
Sencillo el mortal, y le halla  
Do quier pródigo y presente :

A quien el poder perdona,  
Que los mentirosos bienes  
De la ambicion tiene en nada,  
Cuanto ignora sus reveses.

Vida de fácil llaneza,  
De libertad inocente,  
En qué dueño de sí el hombre  
Sin orgullo se ennoblece :

En que la salud abunda,  
En que el trabajo divierte,  
El tedio se desconoce,

Y entrada el vicio no tiene ;

Y en que un día y otro día  
Pacíficos se suceden,  
Cual aguas de un manso río,  
Siempre iguales y rientes.

Oh, quién gozarte alcanzara !  
¡ Oh, quién tras tantos vaivenes  
De la inclemente fortuna  
Un pobre arador viviese !

Uno cual estos que veo,  
Que ni codician, ni temen,  
Ni esclavitud los humilla,  
Ni la vanidad los pierde :

Léjos de la envidia torpe  
Y de la calumnia aleve,  
Hasta que á mi aliento frágil  
Cortase el hilo la muerte.

ROMANCE XXXVI.

EL ZAGAL APASIONADO.

¡ Oh, qué mal se posa el sueño  
Sobre ojos que el Amor abre,  
Ni con sus dulces cuidados  
Su grata calma hizo paces !

Las dos sueñan ; y rendidos  
De sus amargos afanes,  
A un pacífico letargo  
Se abandonan los mortales.

Yo solo velo, bien mio,  
Y en ocupación sūave  
Con tu cariño y mis penas  
Regalo mi pecho amante ;  
Yendo y tornando el deseo,

Sin que ni un momento pare ,  
Hasta el lecho silencioso ,  
Do en plácido sueño yaces :

Do en libre y feliz soltura  
Las formas inimitables  
De tu belleza sin velo  
Logran todo su realce.

¡ Oh qué de gozos y bienes  
De allá en su ilusion me trae !  
Qué de esperanzas me adula !  
Y qué de estorbos deshace !

Si los reyes de la tierra  
Pusieran en este instante  
Su cetro á mis piés en cambio  
La gloria que en ti me cabe ,

¡ Qué ufano los desdenara  
Mi corazon ! ¿ pues qué valen  
Su oro y pompa y señorío  
Con mi embeleso inefable ?

Tú lo dí , ó luna , que atiendes  
Mis finezas , tú que sabes  
De este corazon las ansias ,  
Y cuán tierno ora me late.

Dilo tú , que en tus amores  
Ciega un tiempo abandonaste ,  
Por ver tu pastor dormido ,

Las esferas celestiales ;  
Y entre las sombras marchando  
Con planta y pecho anhelante  
Estática y silenciosa

Descansabas con mirarle ,  
Hasta que en tu ardiente seno ,  
Premiándolo , con mil ayes  
Timido el suyo alentabas  
A que mas y mas gozase.

Dílo pues , hermosa luna ;  
¡ Así en tus visitas halles  
A tu Endimion venturoso  
Cada noche mas galante !

Inmóvil , los ojos fijos  
Sobre tu albergue , enviádle  
Clamo á los cielos , los sueños  
Mas ligeros y agradables.

Volád , frescos cefirillos ,  
Volád , y batíd el aire  
Que fácil su labio aspire ,  
Porqué mas grata descanse :

Colmád de suaves esencias  
Su estancia : flor en los valles  
No abra el cáliz , que en tributo  
De mi Clori no se exhale.

La armoniosa filomena ,

Cuyo pico lamentable  
 Trina en el bosque, á su oído  
 Hoy no ensaye otros cantares,  
 Que los que en quiebros canoros  
 Su imaginacion halaguen,  
 Den pábulo á su ternura,  
 Y su corazón inflamen.

Y tú en solícito anhelo  
 Los sueños mas deleitables,  
 Amor, á su mente ofrece,  
 Con que se goze y regale:  
 Haz que trisque con las Gracias,  
 Haz que su hermana la llamen,  
 Y que de rosa y jazmines  
 Ciñan su sien, y la abrazen.

Entre sus albas corderas  
 Salga á la vega, un enjambre  
 De Cupidillos la siga,  
 Y adórenla los zagales:

O aplaudida aun de las bellas,  
 Luzca gallarda en el baile,  
 Rindiendo á cuantos la miren  
 Con sus pasos y su talle.

Entónces, ó Amor, presenta  
 Propicio mi fiel imágen  
 A sus piés, besando tierno

Las breves huellas que estampen.  
 Mi fineza le recuerda;  
 Dile, dile de mi parte  
 Que duerma en paz, pues yo velo,  
 Y mi fe la guardia le hace:

Dile mis blandos suspiros,  
 Y el éstasi inesplicable  
 En que me ves, este lloro  
 Que del corazón me sale;  
 Este aquí presente verla,  
 Y como presente hablarle,  
 Y en mis cariños perderme,  
 Y en sus gracias embriagarme....

¡ Dichosa Holanda, dichosa  
 Veces mil! ¡ oh quién lograrse  
 Gozar lo que avara gozas,  
 Saber cuanto feliz sabes!  
 ¡ Oh quién lograrse.... en mis venas  
 Todo el fuego de amor arde,  
 Un dulce temblor me agita,  
 Plácido el seno me late.

La voz me falta.... á mis ojos  
 Ven, grato sueño, ven fácil;  
 Y haz que el delirio que siento,  
 Entre tus brazos se calme.

ROMANCE XXXVII.

LA LIBERTAD.

VÉ, Delio, con qué delicia,  
Con qué agradable bullicio  
Ese ruiseñor canoro  
Se goza en el bosque umbrío.  
    Cuál salta de ramo en ramo,  
    Cuál en su alegre delirio  
Va, y vuelve, y huye, y se pierde  
Entre el verde laberinto.  
    Al impulso de sus alas  
Y su revolar festivo,  
Conmoviéndose, las hojas  
Bullen en grato ruido :  
    Y corriendo de su seno  
Aljofarado el rocío,  
Como una lluvia de perlas  
Parece del sol al brillo.  
    Vé con qué indecible gozo  
Despliega el voluble pico,  
Y en su preludiar sūave  
Se queda como embebido ;  
    Abismándose sin duda

Allá en repasar consigo  
Algún gravísimo trance,  
En que el infeliz se ha visto ;  
    Hasta que soltando el lleno  
De sus melodiosos trinos,  
Su primor nos ensordece  
Sabrosamente el oído ;  
    Tan vario como sublime  
En los quiebros infinitos,  
Con que esplica de su pecho  
Los sentimientos mas vivos.  
    Todo enmudece y le escucha ;  
Solo á su armónico silbo  
La alondra allá de las nubes  
Responde en agudos pios :  
    Pios que dilata el eco,  
Y él mas ardiente al oírlos,  
Hasta rendirla redobla  
Sus penetrantes suspiros ;  
    Que el viento hinchendo incesantes,  
Cada vez mas peregrinos  
Alza el júbilo en sus alas  
A las cumbres del olimpo ;  
    Y el valle todo es delicia,  
Y armonía el cefrillo,  
Vivas de triunfo las aves,

Y embeleso los sentidos.  
 Pues tantas salvas y cantos  
 Obra son, Delio querido,  
 De la libertad felice  
 Que ha logrado el pajarillo:  
 Cual rota la odiosa valla  
 Que embarazó su camino,  
 Se derrama el arroyuelo  
 Por todo un valle florido,  
 Y bullendo entre las guijas,  
 O adurmiéndose tranquilo,  
 Es del ánimo y los ojos  
 Distraccion y regocijo.  
 Yacía el mísero esclavo  
 Entre los dorados hilos  
 Y el encierro de una jaula,  
 Pendiente de ageno arbitrio.  
 Solitario y triste en ella  
 Sin hermosura ni aliño,  
 Siempre el alma en sus amores,  
 Siempre azorado y esquivo,  
 Acordando aquellas horas,  
 Cuando en el sagrado asilo  
 De su nido acompañaba  
 A su esposa y dulces hijos,  
 O asentado en algun ramo

Orillas del manso rio,  
 El murmullo de sus ondas  
 Remedaba entretenido.  
 En vano sobre él el tiempo,  
 Para olvidarle benigno  
 De su esclavitud odiosa,  
 Tornaba en plácido giro  
 Del mayo las lindas flores,  
 La blonda mies del estío,  
 O del sosegado octubre  
 La frescura y los racimos:  
 Pues siempre en su estrecha cárcel,  
 Mordiendo infeliz los grillos,  
 Lloraba sus desventuras  
 Sin mejorar su destino;  
 Cuando un acaso dichoso,  
 O el cielo apiadado quiso  
 Que á su libre ser volviese,  
 Y á morar su antiguo nido:  
 Y así bullicioso y loco  
 Y en movimiento continuo  
 Salta y bulle, y trisca y canta,  
 Todo júbilo y cariños.  
 Otro tanto me sucede  
 Despues que esento me miro,  
 Y que lancé de mi cuello

El yugo de Amor indigno :  
 Que señor de mis deseos,  
 Y en gloriosa paz conmigo,  
 Sin comprar un falaz gozo  
 Con un siglo de martirios,  
 Siempre el sol claro me luce,  
 Siempre alegre canto y río,  
 Llenando mis faustos días  
 Las Musas y mis amigos.

## ROMANCE XXXVIII.

## LAS VENDIMIAS.

Ya dió alegre el fresco otoño  
 La señal de la vendimia,  
 Y su voz redobla el eco  
 Por los valles y colinas.  
 Del peso dulce y opimo  
 De sus racimos vencida  
 Al suelo la vid pomposa,  
 La frente encorvada inclina;  
 Y entre el desmayado verde  
 Que su follage mancilla,  
 Cual encendidos topacios  
 Las doradas uvas brillan :

O como el negro azabache  
 Que á la noche desafía  
 Agrupándose, el deseo  
 A su robo solicitan.

Alzándose el sol radiante  
 En brazos del nuevo día,  
 De Baco los largos dones  
 A recoger nos convida.

Las cestas pues se preparen,  
 Ordénense las cuadrillas,  
 Y al campo salid gritando :  
 «Honor al dios de las viñas.»

No haya escondido racimo  
 Que se escape á vuestra vista,  
 Que no corte vuestra mano,  
 Y el cuévano no reciba.

Dadme una cesta, muchachas,  
 Que quiero en tanta alegría  
 Compañero ser dichoso  
 De vuestra dulce fatiga :

Y allá en las tristes ciudades  
 Dejád que miseros giman,  
 Revueltos en mil cuidados,  
 Los necios que las habitan ;  
 Que yo en los campos me gozo  
 Y en su soledad tranquila,

Y el afan de sus labores  
El pecho me vivifica.  
¡Oh cómo á la par por todos  
Vuelan el gozo y la risa ;  
Y las picantes tonadas

Nos entretienen y animan !  
Hinchendo el plácido viento  
Su estrépito y gritería,  
Que á los mas tibios inflaman,  
Y la licencia autorizan.

Ved como Felicio el lado  
Buscó de su amada Silvia ,  
Y los racimos le toma ,  
Y en el trabajo la alivia ;  
Mientras entre Arcadio y Delio  
Se turba Nise indecisa ,  
Y á sus chanzas y cantares  
Enmudece como niña.

Daliso allí mas osado  
Corre tras Filis la linda ,  
La de los divinos ojos ,  
Y de voz muy mas divina ;  
Y tomándola en sus brazos,  
Por mas que resiste y lidia ,  
Con el mosto de un racimo  
Le regó frente y mejillas :

Y Enarda la bulliciosa  
Allá con sutil malicia  
Para su cesta se lleva  
Cuanto á la de Silvio quita.

Todo es obra de las copas  
Que Baco jovial nos brinda ,  
Y en placer nos enloquecen,  
Y al Amor dan osadía.

¡ Loor al dios , que en su triunfo  
Nos trajo allá de la India  
Con la vid el süave néctar  
Que sus racimos destilan !

¡ Al de juventud perenne ,  
Quen en faz riente y benigna  
Ora estos dulces racimos  
Tan liberal nos prodiga !

Seguid , seguid bulliciosos  
Con solícita agonía,  
Que el júbilo bien no hermana  
Con la flojedad indigna.

Ved por las cumbres del cielo  
Cuál alzándose camina  
Rápido el sol, y sus pasos  
Culparán nuestra desidia :

Que él tambien reina en las vides ,  
Fausto los racimos cria ,

Y hoy lo acerbo de sus granos  
Torna en delicioso almíbar.

Pero con nueva algazara  
Los víctores se repitan,  
Que el carro en triunfo á la aldea  
Lleva las uvas cogidas.

Órnale á trechos colgando  
Cual vencedoras insignias  
Los vástagos mas frondosos,  
Que el viento ondeando agita;

Y su próspera llegada  
Con su bullicio anticipa  
Un tropel de alegres niños,  
Que en torno corriendo gritan.

Recíbelas la ancha troje,  
Que las macera, y envía  
Do el lagarero enmostado  
Con membrudo pié las pisa;

Y remedando al beodo  
Que ya en sus pasos vacila,  
Ora titubeando marcha,  
Ora sobre un pié se libra,

Y ora al monton mal hollado  
La altiva frente domina,  
Carga, lo derrama, y vuelve,  
Y se hunde hasta la rodilla.

Rueda el tórculo gimiendo,  
Y con inmensa ruina  
Desciende el molar enorme,  
En que su presión estriba.

Corre en arroyos el mosto;  
Y Baco, la sien ceñida  
De las hojas de sus parras,  
Desde una cuba lo mira.

Los silenos de su corte  
En torno danzando giran,  
Del licor sus tazas llenan,  
Y beben, y al dios lo liban:

Licor hoy de áspero gusto,  
Mas que hervido será un día,  
Mas bien que el néctar de Jove,  
El bálsamo de la vida:

El que alegre los banquetes,  
Dé al Amor nuevas delicias,  
Abra al misterio los labios,  
Y en placer torne las iras.

Y él corre, y corre espumoso  
Hasta las hondas vasijas,  
Y en ellas, cual un torrente,  
Sonando se precipita.

Todos batiendo las palmas  
Aplauden á su caída:

La taza en las manos rueda,  
 Y á un dulce delirio incita :  
 Quien canta , ó quien loco rie ,  
 Balbuciente aquel se esplica,  
 Y hundírsele aquel la tierra  
 Siente , y se afana en asirla.  
 Uno en fraternal abrazo  
 Va , y con su rival se liga ,  
 Y otro al beber con el mosto ,  
 Barba y pecho se rocía :  
 Y todo estrépito insano ,  
 Todo algazara festiva ,  
 Muy mas fervientes con ellos  
 Los bréndis se multiplican.  
 Así triunfa el dios del vino ,  
 Así su inmortal bebida  
 Borra los cuidados tristes ,  
 Los ánimos regocija.  
 En tanto del negro ocaso  
 Desciende la noche umbria ,  
 Y su manto de luceros  
 Tiende á la atónita vista :  
 Ábrese la alegre danza ,  
 Vivo el crótalo repica ,  
 Y el ruidoso tamborino  
 Un nuevo delirio inspira.

Los jóvenes con mil pruebas  
 De destreza y gallardía  
 Ante sus bellas se ufanan ,  
 Sus lentos pasos aguijan.  
 O qué mudanzas y vueltas !  
 ¡ Con qué donaire y medida  
 Bate la planta la tierra ,  
 Los brazos se abren y animan !  
 Delio á Nise estrecha ardiente ,  
 Silvia á Felicio va unida ,  
 Dalise á Filis rodea ,  
 Y con Silvio Enarda trisca.  
 Todos aplauden y gozan ,  
 Todos bullen á porfia ,  
 Y en el calor con que Baco  
 Las llamas de Amor atiza ,  
 No hay quien baile indiferente ,  
 Ni vendimiadora esquivia ,  
 Alternando con las danzas  
 Los bréndis y ardientes vivas.  
 Así el cansancio en los brazos  
 Del regocijo se olvida ,  
 Y alegres nos ve la aurora  
 Correr de nuevo á las viñas ;  
 A seguir con las tonadas  
 La labor entretenida ,

Que huye el sol, cesa ; y la noche  
Con otro baile disipa. —

Cuando yo estos dulces versos  
Cantaba á mi fácil lira,  
En el ocio de mi aldea  
En gloriosa paz vivía :

Despues ominoso el hado  
Me arrastró á las grandes villas :  
Vi la corte, y perdí en ella  
Cuanto bien ántes tenía.

Y así abrumado de afanes,  
Siempre en duelos y agonías,  
¡ Quién, esclamo, se volviese  
A su aldea y sus vendimias !

### ROMANCE XXXIX.

#### EL NAUFRAGO.

¿ CUÁNDO, inconstante fortuna,  
Dejarás de perseguirme ;  
Ni será blanco á tus tiros  
Mi corazón infelice ?

¿ No eran ya, dime, sobradas  
Tantas marañas y ardidés,  
Y las traiciones y males

Que hasta aquí, cruel, me hiciste ?

Desde los pasos primeros  
Que dió en la senda difícil  
De la vida mi inocencia,  
Siempre enconada me afliges :

Siempre, cuando mas lumbroso  
Y en calma mas bonancible  
A resplandecer un dia  
Empezó á mis ojos tristes,  
Burlando al ciego deseo,  
Se alzaron á sumergirle  
En caliginosa noche  
Cien tempestades horribles.

Sembré trigo, y cogí abrojos :  
La vida ignorada y libre  
Que mi corazón ansiaba,  
Llegó un instante á reirme.

¡ Cuán rápido fué este instante !  
Tú en él mis venturas viste,  
Y en tus redes engañosas  
Envolviéndome invisible,  
Me arrastraste al mar ondoso,  
A arrostrar las fieras lides  
De los enconados vientos  
Entre Escilas y Caribdis.

¿ Cómo escapar del naufragio